



# Antología del ensayo literario veracruzano

## 1950-2010

Selección y prólogo

Julián Osorno  
Rodolfo Mendoza



**txtur**  
EDICIONES



# Antología del ensayo literario veracruzano

## 1950–2010



### Selección y prólogo

Julián Osorno y Rodolfo Mendoza



TExTur

1.<sup>a</sup> edición: 2014  
© Editora de Gobierno del Estado de Veracruz  
Emiliano Zapata, Veracruz, México  
ISBN: 978-60-77527-78-7

1.<sup>a</sup> reimpresión: 2023  
ISBN: 978-60-77527-78-7  
© Editorial Textur  
Gutenberg núm. 1455, Col. La Prensa,  
La Imprenta, Veracruz, México  
CP 66666. Tel: 6666666666  
E-mail: editorialtextur@gmail.com  
Web: <https://www.editorialtextur.com>

*Impreso en México • Printed in Mexico*

## PRÓLOGO

*Si mi alma pudiera asentarse, dejaría de ensayarme y decidiríame; mas está siempre aprendiendo y poniéndose a prueba.*

MONTAIGNE,  
«DEL ARREPENTIMIENTO»

### I

El ensayo es el único género literario, decía Chesterton, cuyo propio nombre reconoce que la escritura es un salto en la oscuridad. Sus practicantes saben que en él no hay asideros fiables ni márgenes conclusivos, pues todo se inventa en el tránsito de su acontecer, de su escritura.

Diverso en sí mismo, Alfonso Reyes lo definió como el «Centauro de los géneros», donde hay y cabe de todo, un «hijo caprichoso de una cultura que responde a la curva abierta, al proceso en marcha, al “Etcétera” cantado ya por un poeta contemporáneo preocupado de filosofía». Ezequiel Martínez Estrada lo asoció con Proteo, el pastor de Neptuno que veía el pasado, presente y futuro de los hombres. Éstos, si querían saber su destino, debían encadenarlo. Sin embargo, Proteo siempre huía transfigurado en jabalí, tigre, dragón,

roca, río, árbol o llama. Sólo Menelao, al volver de Troya, pudo sujetarlo y arrancarle sus premoniciones.

Como el dios marino, el ensayo escapa cuando intentamos definirlo. Theodor Adorno vio en él el ocio de lo infantil, lo odiado y lo amado, la dicha, el juego. Al terminar de leer uno algo se nos revela, aunque lo suyo no sea fijar conocimientos objetivos ni verdades lapidarias. El ensayo es la ligereza.

En Occidente tiene una larga trayectoria. Se reconoce en Montaigne a su fundador, pero hay indicios suyos en textos de Platón (*Diálogos*), Séneca (*Las cartas a Lucilio*) y Plutarco (*Moralia*). Sin embargo, fue el francés quien acuñó su nombre, *Essais* (1580), y fundó sus bases. Un rasgo fue clave en su concepción: la sinceridad y sencillez de quien escribe al exponer su experiencia del mundo. Por ello solicitaba a su interlocutor: «Quiero que en él me vean con mis maneras sencillas, naturales y ordinarias, sin disimulo ni artificio: pues píntome a mí mismo». El yo, la subjetividad, fue central en su propuesta, pero también el diálogo lúdico que estableció con el lector.

Tales características hicieron de este género un poderoso medio para criticar y anunciar el quebranto del viejo modelo de interpretación medieval centrado en el sistema de autoridades. Montaigne creía que todo hombre lleva en sí mismo un ejemplar de la condición humana, por eso lo empleó para hablar de sus gustos, enfermedades, viajes, experiencias políticas, hábitos, etcétera. Sabía que su yo era en realidad un nosotros. Sirvió así su escritura para establecer un diálogo con los hombres de su tiempo y para hacerles ver, sin velos ideológicos, los dogmas medievales que los oprimían.

Arte de la reflexión y del asombro. El ensayista es, por excelencia, proclive a la curiosidad. En todo se mete, todo

desea saber, de todo quiere hablar. Lo guía, como pedía el pensador francés, el juicio, la inteligencia, el *phatos*, por eso el ensayo es común no sólo en la literatura, también en la filosofía, la antropología, la sociología o la historia, porque nos permite pensar al hombre y el mundo.

El carácter dialogal del género se advierte en su capacidad para incorporar al otro. Cuando uno se interna por sus caminos y se deja llevar por la voz del ensayista, inicia una conversación en la que éste no conoce con claridad el trayecto, pero sí divertidos atajos o rodeos para hacerlo transitabile. El lector dialogará con esa voz y se dejará seducir por algunas ideas, a otras les plantará cara y enarcará la ceja, pero lo importante es que ha ocurrido un breve milagro: ensayista y lector se han reconocido en la palabra.

Ensayar es leer en compañía, dice Juan Villoro. Y leer ensayos, agregaríamos, es la forma más conspicua de la conversación. Reacio a las certidumbres, el ensayo no finca verdades sino sugerencias, matices, preguntas, formas distintas de ver-leer-dialogar-comprender.

## II

Una antología puede considerarse en sí misma un género literario. Si alguna máxima popular la rige, tendríamos que pensar en la siguiente: ni son todos los que están ni están todos los que son. Su función, en cambio, sí parece clara. Es una suerte de mapa que puede ayudarnos a conocer las rutas seguidas por los autores en sus lecturas y gustos literarios, preferencias, intereses y, en general, en su modo de ver el mundo.

En el caso de una antología literaria, puede ser valiosa para comprender la trayectoria de un grupo, para apreciar

los elementos distintivos de una corriente artística, de una empresa editorial o de un género, entre otros, y proporciona al lector, especializado en la materia o no, una exposición temática de consulta rápida. Además, es un buen muestrario de la producción literaria de una región, ciudad, estado o país. Gracias a ella, el lector tiene un primer acercamiento a un escritor para luego continuar por sí mismo la búsqueda.

Una obra de esta naturaleza refleja del mismo modo el gusto del compilador. La idea de hacer ésta surgió hace tres años, cuando advertimos que había excelentes ensayistas veracruzanos, sobre todo de la segunda mitad del siglo x x, que no se incluían en las antologías mexicanas clásicas del género, y quizá había más que desconocíamos. Teníamos la impresión de que a las figuras ya consagradas internacionalmente —como Sergio Pitol— o reconocidas en el mundo académico nacional —como Ester Hernández Palacios— podrían sumarse las de otros ensayistas veracruzanos menos conocidos. Al iniciar la indagación descubrimos la poca difusión de la literatura estatal en el resto del país. El Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, quizá para contrarrestar esa magra promoción de la producción literaria de los estados, había lanzado la serie «Letras de la República», con la cual buscó sistematizar el conocimiento de la literatura con títulos que comprendieran lo mejor de su producción literaria. Gracias a esa iniciativa, se publicaron antologías en Baja California Sur, Aguascalientes, Colima, Coahuila, Nuevo León, Durango, Campeche, Estado de México, Sinaloa y Zacatecas, entre otros, donde se incluye, en un solo volumen, una muestra de la poesía, el cuento y el ensayo de cada entidad.

En el caso de Veracruz, hay dos volúmenes de esa serie que le fueron dedicados, uno de poesía: *Veracruz: dos siglos*

*de poesía (XIX y XX)* publicado en 1991 con la selección, notas y prólogo de Ester Hernández Palacios y Ángel José Fernández; y otro de cuento: *Voces narrativas de Veracruz (1837-1989)*, editado en 1993 y coordinado por José Luis Martínez Morales en colaboración con Sixto Rodríguez Hernández. No obstante, faltaban colecciones abocadas al teatro y al ensayo, situación que se compensa, en el primer caso, con la antología *Nuevos dramaturgos de Veracruz* (2006) de Alejandro Ricaño. No ocurre lo mismo con el ensayo, pues aunque existe una selección llamada *Voces diversas: antología de ensayo veracruzano* (1998) de Carlos Manuel Cruz Meza, esta muestra contempla textos de historiadores, antropólogos, críticos de arte, sociólogos, críticos de cine, etcétera, es decir, no se trata, en estricto sentido, de una selección de ensayo literario.

Esta antología surge precisamente para cubrir ese vacío. Nuestra intención es divulgar la obra ensayística de escritores veracruzanos de la segunda mitad del siglo XX y la primera década del XXI. Con ello intentamos contribuir al conocimiento de la literatura mexicana no sólo entre especialistas en la materia, sino entre cualquier tipo de lector.

Para su realización, indagamos en bibliotecas, hemerotecas, colecciones privadas y solicitamos a amigos y estudiosos del género nos recomendaran a jóvenes de buen pulso ensayístico. Así, en el curso de dos años, reunimos 148 trabajos de 36 escritores. Su variedad de temas e intereses nos hizo establecer criterios de selección. La dificultad más importante al fijarlos fue que encontramos y recibimos textos más cercanos a la forma y estructura del ensayo académico que del literario. Y representaba un problema porque a menudo se ve a la academia como uno de los principales enemigos del ensayo, archirrival de su espíritu libre, antisistemático e

intimista. Varios trabajos eran de esa factura. Hubo incluso académicos de pluma clara y atractiva que se rehusaron a participar argumentando que ellos «no escribían ensayos».

Así, teníamos textos de «escritores-ensayistas» (Pitol, Espejo, por ejemplo), pero también algunos firmados por poetas o dramaturgos (Bonifaz Nuño, Carballido), o de académicos y críticos literarios cuya estructura y estilo mostraban la intención de deshacerse de los moldes académicos, de apostar por una escritura lúdica y sin el aparato conceptual, para algunos abrumador, que en ocasiones traen consigo esos trabajos. También recibimos ensayos de jóvenes que reflejaban en sus líneas gran soltura en este oficio.

Para sortear esta situación y ordenar los criterios de selección, volvimos a la figura de Proteo. El ensayo, tal y como lo concibió Montaigne, mudó de piel en el transcurso de los siglos y hoy resulta difícil encasillarlo. En la actualidad nadie disputa que un ensayo tenga, por ejemplo, un aparato crítico, que cite sus fuentes, tome prestadas categorías conceptuales de la sociología, la política, la geografía o la filosofía, y las alumbre con otro tono, sentido o ritmo. Pero debíamos partir de un criterio rector. Y éste fue el placer de la lectura: quien leyera las páginas de esta selección debía sentir gusto al leerlas. Ciento que era importante la forma de tratar los temas y su procedencia, pero contemplamos desde el inicio que debía haber una voluntad literaria que apostara por la inteligencia y un carácter lúdico; los textos debían ser atractivos, aun cuando el autor utilizase moldes académicos. Por ello el lector verá aquí ensayos de tesituras, temperaturas y cadencias distintas, pero unidos por la sustancia del placer de la escritura y la lectura.

Otro criterio fue que los textos debían tener la literatura como tema nuclear: el comentario acerca de la obra de un

autor, de la vida de un escritor, del acto creativo, recomendaciones para escribir, la relación de la literatura con otras artes, etcétera. Asimismo, incluimos, tratándose de una selección de este estado, a los autores originarios de Veracruz o cuya «acta de nacimiento voluntaria» fuera de esta entidad, como el caso de Elizabeth Corral, oriunda de Durango pero asumida tan veracruzana **como el más insigne de los jarochos**; o el de Sergio Pitol, quien nació en Puebla pero que en reiteradas ocasiones ha dicho proceder de Córdoba.

De igual forma, consideramos textos publicados o escritos durante la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI, para dar oportunidad a los ensayistas que recién inician en la práctica y cuyos textos sólo circulan en revistas.

Finalmente, por su calidad, contemplamos ensayos aún no publicados. Fue importante también que el autor tuviera una relación constante con este género, fuese desde la academia, desde algunas instituciones o medios dedicados al ensayo o desde su vivencia personal como lector-escritor y que hubiese tenido alguna publicación previa.

Dijimos antes que un ensayo es una forma de conversar, nosotros dialogamos con 36 autores, de los cuales finalmente elegimos 27. El lector podrá iniciar la charla con ellos al abrir y leer estas páginas, a sabiendas de que una antología nunca es definitiva ni definitoria, sino una propuesta a la que él irá incorporando nuevos autores y que el paso del tiempo corregirá.

Oye, guey, ¿no hay  
aquí un problema  
de género? ¿No de-  
bería decir: oriun-  
da de Durango pe-  
ro asumida tan ve-  
racruzana como la  
**más insigne de las  
jarochas?**

### III

El ensayo que abre esta colección es «Destino del canto» de Rubén Bonifaz Nuño. Su tema es la comparación entre el canto poético de los poetas latinos y nahuas respecto de su

visión sobre la muerte, la guerra y la amistad. Aunque para unos y otros estas cuestiones tenían un significado distinto dada su cultura, parecen convenir —advierte Bonifaz— en que la poesía es la condición necesaria para alcanzar la comunidad entre los hombres, el medio fundador de la colectividad y el elemento que nos permite sobrellevar nuestro estar solitario en la tierra.

«Algunas ideas sobre la composición dramática» de Emilio Carballido descubre los secretos del arte escénico y proporciona recomendaciones a los jóvenes que inician su andar en este oficio. Sus consejos no parten de la petulancia dogmática del maestro ortodoxo, sino de la sensibilidad y pasión de alguien que sintió y vivió su oficio como una forma de ser y estar en el mundo.

En esta línea se encuentra «Desacreditar la realidad» de Luis Arturo Ramos. En él se habla del oficio del cuentista. El ensayista sabe que la obra literaria se concreta cuando alguien la lee: por ello da una importancia capital al papel del lector; sabe que la lectura de éste llenará los espacios dejados por el autor y pondrá los significados precisos. Reconoce que en esa relación se juega la suerte de lo que el escritor intenta y lo que realmente consigue. Para él, el origen de una narración está en la intuición y no tanto en la razón, surge del deseo de contar una anécdota interesante y de encontrar el lenguaje adecuado para hacerla posible.

En «¿Quién es Heathcliff?», Juan Vicente Melo comenta *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë y destaca cómo se configura en ella el amor-pasión, ese mito occidental que, como Denis de Rougemont ha demostrado en su clásico estudio sobre el amor en Occidente, abreva de la literatura cortés, la religión cátara y su visión dualista y maniquea del mundo. Melo analiza este mito presente en la novela, «juego

terrible», donde el combate y el odio se turnan para destruir la relación amorosa de Catalina Earnshaw y Heathcliff, los protagonistas. Mediante un atento estudio de la psicología y rasgos que conforman la identidad narrativa de estos personajes y de su relación amor-odio, el autor concluye que en *Cumbres borrascosas* asistimos al asesinato de Dios y del amor.

En «Formas de Gao Xingjian» Sergio Pitol evoca su relación con la cultura china. Narra su descubrimiento de autores que en México no se conocían en los años sesenta como los dramaturgos Lao-Che y Tsao-yu o de otros quizá ya reconocidos como Ba Jin; rememora asimismo el impacto cultural, social y político que tuvo la Revolución Cultural para miles de chinos y las terribles consecuencias para la libertad de expresión de los artistas no sometidos al régimen cultural y político del Estado. Entre los afectados por esta política, Pitol destaca al Premio Nobel de Literatura Gao Xingjian, autor de una de las novelas más importantes de ese país en el siglo xx: *La montaña del alma*.

«Jane Austen, fiel a sí misma» de Beatriz Espejo retrata la vida y obra de una de las grandes novelistas de la literatura inglesa. Estudia su vida cotidiana y correspondencia con distintas personalidades de la Inglaterra de finales del siglo xviii y principios del xix. Explica cómo su talento para observar y registrar los dramas familiares de su sociedad está presente en novelas como *Orgullo y prejuicio*, *Persuasión*, *Sensatez y sentimientos*, *Emma*, *Mansfield Park* o *La abadía de Northanger*, entre otras.

«Vencimos, ¿no es cierto?» de Ulises Carrión habla de una manera, provocativa y hasta humorística sobre la extinción de los libros. Situación perfectamente comprensible, señala, dado que es natural que los libros «crezcan, se multi-

pliquen, muden de color, se enfermen y, al cabo, mueran»; su deceso lo lamentan principalmente los artistas, quienes siguen rindiéndoles pleitesía. Afirma que la muerte de los libros ha traído consigo la decadencia del lenguaje verbal y ahora cualquier sistema de signos puede poblarlos. De ahí su apuesta por las obras-libro: textos con signos heterogéneos que dan cuenta de él como un todo, donde el espacio y el tiempo son dispuestos con una intensidad no vista y donde las letras y la literatura no existen. Su postura es radical: son sus aliados quienes no leen libros y sus enemigos quienes los escriben.

En «Borges, autor de *Las mil y una noches*», José Luis Martínez Morales juega con un tema borgiano presente en textos como «Pierre Menard, autor del *Quijote*»: el de la desmitificación de la figura del autor y la súbita creación de autores falsos y múltiples que hacen pensar en la verdadera identidad de los autores y en la originalidad de los textos literarios. Con un tono anecdótico, Martínez descubre un texto escrito presuntamente por Borges, «Historia referente a algunas ciudades del Al-Andalus, que conquistó Tárik-ben-Siyad», que ha sido interpolado en una edición de *Las mil y una noches*, lo cual lo lleva a pensar que el fabulador argentino es uno de los múltiples autores de esa mítica obra anónima. ¿Son *Las mil y una noches* sólo un palimpsesto universal? ¿Lo es también la literatura?

En «La amarga memoria», Mario Muñoz hace un ejercicio íntimo de reflexión para reconocerse, para saldar cuentas consigo mismo y con el otro, para verse, siendo adolescente, descubriendo, asombrado, el cine, la literatura, la música, para aprehender de nuevo experiencias y aprendizajes en Orizaba, ciudad que vio transcurrir su niñez y adolescencia. En esa rememoración, Muñoz tiene desencuentros y

hallazgos, fracturas, nuevos comienzos. En el fondo de esta evocación, como si de un lienzo se tratase, está una cuestión humana fundamental que el autor intenta responderse: ¿quién fui?, ¿quién soy?

«Todas las grandes cosas que amamos provienen de la Hélade», escribe José Luis Rivas en «Una misma ola desde Troya». El autor comenta *La Ilíada* de Homero, obra cumbre de la literatura, sabiendo que volver la mirada a Grecia es buscar ahí el principio y fundamento de nuestra vida. Su análisis expone los elementos históricos, sociales, políticos y literarios presentes antes de la creación de este texto; su sentido literario y estético; un pormenorizado estudio de la vida trágica de los personajes y una descripción notable del sentido de sus acciones y sentimientos. Asimismo, habla sobre el influjo de esta obra en el pensamiento occidental y en obras de autores posteriores de todas las épocas. El ensayo de Rivas realiza lo propuesto por George Steiner: «La crítica literaria debería surgir de una deuda de amor».

En «Girando entre infinitas espirales: José Juan Tablada», Ester Hernández Palacios relata la vida y obra de uno de los poetas fundamentales de la literatura mexicana de finales del siglo XIX y principios del XX que marcó nuevos rumbo posteriores al modernismo. La estudiosa de la obra de Tablada habla de los años de formación, maduración y consolidación de uno de los introductores, entre otros temas, de la poesía japonesa en México (haikús), de sus empresas editoriales y literarias que lograron dar un nuevo rostro a la literatura mexicana y posicionarla en la escena internacional. También comenta la estancia del poeta en Nueva York y su importante papel para difundir la literatura y cultura mexicanas a través de sus crónicas y artículos.

En la misma línea se mueve «La *realidad patria* de Ramón López Velarde» de José Luis Martínez Suárez, donde se reseña el contexto histórico, sociocultural y político del poeta jerezano y su concepción de patria mediante el examen de sus textos periodísticos y de su poesía, principalmente del poema «La Suave Patria». La obra de López Velarde está arraigada en la provincia pero su proyección es universal, oscila entre lo carnal y lo espiritual. Su apego al catolicismo le hace pensar que no puede existir una patria sin Dios, su patria «no es una realidad histórica o política sino íntima» y para nombrarla usa la palabra poética y el filo de la ironía.

«La risa de Micromegas» de Elizabeth Corral es un estudio de la obra homónima de Voltaire. Construida a la manera de una historia de Swift, con viajes interplanetarios, alienígenas, aventuras insólitas y otros componentes que dan rienda suelta a la imaginación, *Micromegas*, dice la autora, es una historia que se puede catalogar como fantástica pero que también contiene la defensa de una filosofía y una crítica al catolicismo. En su trama se intercalan las vivencias y aventuras del gigante Micromegas con conocimientos científicos de finales del siglo XVII o principios del XVIII como la ciencia newtoniana, y se presentan algunos ajustes de cuentas, velados en ocasiones, contra intelectuales opuestos al pensamiento del filósofo francés. Corral descubre —apoyada en estudios de Mijaíl Bajtín— que el trasfondo de la narración es la risa, el más poderoso instrumento de crítica del poder.

Hay ciertos autores que deciden, después de forjar obras maestras, cesar su escritura. Enrique Vila-Matas los denomina los escritores del No. Augusto Monterroso escribió una picante fábula sobre el tema llamada «El zorro más sabio» que, comentan algunos, tiene a Juan Rulfo como destinata-

rio. ¿Por qué estos escritores renuncian a la escritura?, ¿por qué optan por el silencio? Tal es el tema de «La frontera del silencio» de Rafael Antúnez, donde se pasa revista a algunos de esos autores excepcionales que se alejan voluntariamente de la escritura: Rimbaud, Émile Nelligan, Camillo Sbarbaro, Juan Rulfo, Salinger, Dashiell Hammett, María Luisa Bombal, Alí Chumacero, Josefina Vicens, José Gorostiza, Enrique Banchs... Todos, señala Antúnez, hicieron del silencio una ética o una estética y encontraron, como declaró Salinger en 1974, «una alegría maravillosa en no publicar».

En «El absurdo y el teatro», Claudia Gidi señala la importancia del absurdo en la creación de la filosofía y de las artes, particularmente en la dramaturgia. El sinsentido, ligado a la risa, ha sido un ingrediente vital en algunas formas escénicas como en el Teatro del Absurdo. Sus primeras expresiones, señala, pueden rastrearse en la figura del mimo, del tonto, del bufón, del loco, del bobo o del gracioso. Luego, ya en la época moderna, hay excelentes exponentes de la escritura del sinsentido: Alfred Jarry, Luigi Pirandello, Ionesco, Adamov, Beckett y Genet. Para Gidi, el teatro de posvanguardia instaura un universo ficcional no-mimético y no-ilusionista, sin aspiraciones de dar una lección moral; utiliza imágenes de lo grotesco y abandona la construcción psicológica de caracteres; sus personajes a menudo son incomprensibles; sus temas son la soledad y la incomunicación en un mundo carente de Dios y de valores legítimos.

En «La lección de la especie», José Homero explora, a través del cine y la literatura, la tendencia a recuperar una ética masculina después de las transformaciones de los años sesenta y de las exigencias del feminismo y la liberación sexual. Mediante el examen de *La tormenta* de Ridley Scott, *Hombres de hierro* de Robert Bly, *El gran Gatsby* de Fitz-

gerald y algunos cuentos y ensayos de Raymond Carver, Homero explora la asunción de la responsabilidad, cualidad que siempre implica el sacrificio, y el hecho de que la ética masculina no propone una delimitación del mundo sino su comprensión.

Al terminar de leer «*Don Quijote de la Mancha: ¿Una lectura necesaria?*» de Víctor Hugo Vásquez Rentería, uno recuerda lo dicho por Daniel Pennac: «El verbo leer no soporta el imperativo». Así como no puede obligarse a nadie a soñar, a amar, a imaginar, tampoco se le puede forzar a leer. Ése es precisamente el reto: enseñar que la lectura no es un deber, sino un placer. En el ensayo de Vásquez Rentería advertimos esta postura: invita a leer *El Quijote* desde la emoción, desde el placer que él mismo experimentó como lector. Sabe, sin duda, que la pasión lectora es el método más poderoso de enseñanza literaria. Comenta que *El Quijote* ha sido visto como un mito: se impone como lectura obligada por el solo hecho de ser un «clásico» y lo que provocan es que al caballero de la triste figura se le envuelva en un halo de misterio y olvido y se le catalogue como «lugar» inalcanzable. Se impide así apreciarla como lo que realmente es: una obra mayor en la que uno encuentra *regocijo, felicidad, libertad*.

Alfonso Colorado propone en «Notas» una singular reflexión acerca de la relación que puede darse entre la ciencia y el arte, la importancia de las notas marginales o fragmentos en la conformación de una obra científica o artística mayor, y la capacidad desestabilizadora de la imaginación, considerada a menudo contraria al pensamiento racional.

En «Ensayando el caos: apuntes para una fenomenología del ensayo» de Magali Velasco y «Paseos de Montaña» de Pablo Sol Mora se diserta sobre el ensayo como género. Velasco lo define con una metáfora: el ensayo posee las

formas armónicas del caracol, dado que éste continúa su vida en permanente y lenta construcción, y el ensayista es su habitante. La autora destaca algunos rasgos que definen el carácter híbrido del «Centauro de los géneros»: la resolución de texturas, que no están lejos del diario, de la bitácora, de la ficción, de la memoria, del testimonio, la crónica, la crítica, la prosa, siempre prosa no acabada, y su carácter libre en lo temático y en lo espacial. Por su parte, Sol Mora reseña su viaje por ese lugar llamado Montaigne, región donde «habitan la alegría, la inteligencia y la libertad». Su texto está constituido precisamente por las notas, observaciones y el disfrute experimentado al visitar la obra del fundador del ensayo. Su propósito es invitar al lector a recorrer esa obra cumbre, si es que ya la conoce, o a emprender por primera vez el viaje. Sí, señala, hasta para los clásicos hay una primera vez.

«Todo viene de la infancia», señala Balthasar Klossowski. En «Balthus: un trazo de siete vidas», Paola Velasco revisa la trayectoria vital de este pintor a través de algunas anécdotas clave de su infancia. Su primera obra, una serie de cuarenta imágenes, surgió a partir de la evocación de la perdida de su gato Mitsou cuando niño. El tema de la muerte experimentada mediante el extravío de su mascota le enseñaría lo efímera que puede ser la vida. El gato será precisamente una constante en sus pinturas, puede apreciarse esto en las adolescentes desnudas de algunos de sus cuadros. Alejado de las corrientes artísticas imperantes en Europa y Estados Unidos, de los *ismos*, Balthus vivió la experiencia de la muerte una y otra vez en el doloroso siglo XX. Ante ese horror, opondría su fe inquebrantable en el arte y en Dios.

¿Saben los escritores sazonar un suculento platillo como sazonan un buen texto literario? ¿Qué relación hay entre

escritura y cocina? Éste es el pretexto que sirve a Ramón Castillo para redactar «Apetencias literarias», donde explora las relaciones entre dos actividades en apariencia alejadas, pero que él nos hace sentir cercanas. Mediante el análisis de algunas obras de Fernando del Paso, Alfonso Reyes, Álvaro Cunqueiro y Michael Onfray, Castillo nos hace pensar que su afirmación es cierta: «Cocinar y escribir son prácticas familiares a aquellas naturalezas proclives a obtener satisfacción comiéndose el mundo a cucharadas».

En la actualidad, el libro como objeto guardián y transmisor del conocimiento se ha transformado debido al acelerado desarrollo tecnológico que ha modificado el soporte de lectura: del papel se ha pasado a la pantalla. Con esto, nuestra relación con los libros y el acto de lectura se han visto modificados. Éste es el asunto central de «Memorial de antiguos incendios» de Rafael Toriz. En la época digital, en la era de la información vertiginosa y del uso masivo de las redes sociales para comunicarnos —Twitter, Facebook—, todos «somos escritores hasta que se demuestre lo contrario» y la pregunta acerca de la naturaleza del libro y de su destino se vuelve pertinente. Toriz parece sugerir en este ensayo que mientras haya lectores habrá libros. Después de todo, el libro representa el «repositorio material de nuestra memoria, nuestros sueños y nuestro destino».

Un joven encuentra *El libro vacío* de Josefina Vicens en una librería de viejo. Contiene anotaciones marginales, partes subrayadas, proyectos de lecturas, ideas bosquejadas, nombres de escritores, tachaduras. Y un nombre enigmático: Benito Santaya. Oscilando entre el cuento y el ensayo, en «Vías paralelas» se hace de *El libro vacío* un grimorio desde donde se convoca a escritores, ideas, rutas de creación. La palabra: laberinto donde convergen las palabras, ideas y au-

tores, el medio para salvarse de la contingencia del tiempo. José Miguel Barajas escribe un sugerente ensayo donde se ve el libro como el vaso comunicante con otros escritores y obras.

Esta selección cierra con «Éxtasis o la belleza de la pasión religiosa» de Marco Antúnez y «El espinazo del Atlas» de Rodrigo García Bonilla. El primero gira en torno de la vida de Santa Teresa y de una de sus obras principales, *Las moradas* (1577); se reseñan las razones que llevaron a la fundadora de la orden de las Carmelitas Descalzas a abrazar la religión como único sentido de su vida y la forma en que llegó al misticismo. Además, revisa las fuentes literarias y los temas presentes en la mística española, y explica el sentido estético y filosófico de su obra. En el segundo, el ensayista evoca su forma de ver el mundo durante la infancia. Alejado de los corsés lógicos que tienen los adultos al mirar la realidad, el niño ve con ingenuidad y su inocencia nos commueve por su capacidad para asombrarse ante la naturaleza. García Bonilla nos descubre esa mirada y, luego, su reconocimiento objetivo del mundo y de la realidad: la fractura.

## IV

Nos hemos demorado en la descripción de cada texto para hacer patente que el ensayo literario veracruzano ha transitado durante más de cincuenta años por variados temas, obras y autores, desde miradas y estilos distintos. El conocimiento y difusión de este *corpus* puede ayudar a comprender mejor la génesis y evolución del género en México y las aportaciones que ha hecho a su literatura.

Esta antología, creemos, era ya necesaria para reunir la producción ensayística de un estado que ya de suyo se sabe

rico en expresiones artísticas. Van estas páginas, entonces, para revalorar a algunos autores y para (re)conocer a otros. Al final, en el gran libro que es la literatura, cada uno ocupa su lugar.

## ÍNDICE

- 1 PRÓLOGO • 5  
*Julián Osorno y Rodolfo Mendoza*
- 2 Destino del canto • 27  
*Rubén Bonifaz Nuño*
- 3 Algunas ideas sobre la composición dramática • 47  
*Emilio Carballido*
- 4 ¿Quién es Heathcliff? • 57  
*Juan Vicente Melo*
- 5 Formas de Gao Xingjian • 79  
*Sergio Pitol*
- 6 Jane Austen, fiel a sí misma • 97  
*Beatriz Espejo*
- 7 La amarga memoria • 123  
*Mario Muñoz*
- 8 Vencimos, ¿no es cierto? • 133  
*Ulises Carrión*
- 9 Borges, autor de *Las mil y una noches* • 143  
*José Luis Martínez Morales*
- 10 Desacreditar la realidad • 163  
*Luis Arturo Ramos*

- 11 Una misma ola desde Troya • 171  
*José Luis Rivas*
- 12 Entre infinitas espirales: José Juan Tablada • 199  
*Ester Hernández Palacios*
- 13 La risa de Micromegas • 219  
*Elizabeth Corral*
- 14 La *realidad patria* de Ramón López Velarde • 235  
*José Luis Martínez Suárez*
- 15 La frontera del silencio • 271  
*Rafael Antúnez*
- 16 El absurdo y el teatro • 281  
*Claudia Gidi*
- 17 La lección de la especie • 313  
*José Homero*
- 18 *El Quijote*: ¿Una lectura necesaria? • 323  
*Víctor Hugo Vásquez Rentería*
- 19 Notas • 333  
*Alfonso Colorado*
- 20 Ensayando el caos: apuntes para una fenomenología del ensayo • 349  
*Magali Velasco*
- 21 Paseos de montaña • 359  
*Pablo Sol Mora*
- 22 Balthus: un trazo de siete vidas • 375  
*Paola Velasco*
- 23 Apetencias literarias • 389  
*Ramón Castillo*
- 24 Memorial de antiguos incendios • 403  
*Rafael Toriz*

- 25 Vías paralelas • 415  
*José Miguel Barajas García*
- 26 Éxtasis o la belleza de la pasión religiosa • 425  
*Marco Antúnez*
- 27 El espinazo de Atlas • 443  
*Rodrigo García Bonilla*

*Antología del ensayo literario veracruzano, 1950-2010* de Julián Osorno y Rodolfo Mendoza, se terminó de componer en Rayón núm. 25, Col. Centro, Altotonga, Ver (México). El «manuscrito» se capturó con el editor de texto plano TeXmaker (5.0.3) de Pascal Brachet, y se formó en el sistema de composición tipográfico L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X de Leslie Lamport, basado en el lenguaje de programación TeX creado por Donald E. Knuth; el archivo fuente fue compilado con el motor de tipografías PDFTeX desarrollado por Hàn Thê Thành. En su composición se utilizó tipografía Minion Pro, diseñada por Robert Slimbach para Adobe Inc. Diseño, diagramación y composición tipográfica: Tuxkernel ([muxkernel@gmail.com](mailto:muxkernel@gmail.com)).



**U**NA antología literaria, puede ser valiosa para comprender la trayectoria de un grupo, para apreciar los elementos distintivos de una corriente artística, de una empresa editorial o de un género, entre otros, y proporciona al lector, especializado en la materia o no, una exposición temática de consulta rápida. Además, es un buen muestrario de la producción literaria de una región, ciudad, estado o país. Gracias a ella, el lector tiene un primer acercamiento a un escritor para luego continuar por sí mismo la búsqueda.

Nuestra intención es divulgar la obra ensayística de escritores veracruzanos de la segunda mitad del siglo xix y la primera década del xx. Con ello intentamos contribuir al conocimiento de la literatura mexicana no sólo entre especialistas en la materia, sino entre cualquier tipo de lector.

Esta antología, creemos, era ya necesaria para reunir la producción ensayística de un estado que ya de suyo se sabe rico en expresiones artísticas. Van estas páginas, entonces, para revalorar a algunos autores y para (re)conocer a otros. Al final, en el gran libro que es la literatura, cada uno ocupa su lugar.

*Del Prólogo*

ISBN 978-60-77527-78-7



9 786077 527787